

## VI

Apenas salió la joven del cuarto del zapatero, éste salió también al patio y tomó su mace-ta; con el mismo apasionado afecto que demos-tramos hacia una alhaja que amamos mucho y que nos hemos visto expuestos á perder.

Sumo trabajo costó al pobre viejo llevarla hasta la ventana; sus fuerzas estaban exahus-tas, porque había andado mucho y no había comido nada desde en la mañana del día ante-rior, en que había podido comprar un pedazo de pan, que era su usual y casi su único ali-mento.

Así es que en algunos momentos, un sudor frío humedecía sus sienes, y los objetos daban vueltas en derredor suyo.

En aquellos momentos de dolorosa angustia, sus ojos se fijaban en el Crucifijo de marfil, clavado en la cruz de ébano, que se elevaba co-mo una imagen de sufrimiento y de perdón, en medio de aquella triste vivienda, y volvía la serenidad á sus facciones y la sonrisa á sus la-bios

¡Cuanta fe debía haber en el corazón de aquel hombre! ¡Qué cristiana resignación en su alma!

Así que colocó sus flores en la ventana, vió en el suelo la carta de Ursula; la tomó y quiso volver á leerla, mas al ver la fecha palideció de nuevo y sepultó el semblante entre las ma-nos.

La carta había llegado con cuatro días de atraso, y Ursula y su hija debían seguirla de muy cerca.

—¡Hoy!—murmuró con angustia.—¡Hoy lle-gan, Dios mío; hoy que carezco hasta de mi acostumbrado pedazo de pan!

Volvió, al decir estas palabras los ojos, hacía Jesucristo, supremo consolador de los afligidos, como poniéndole por Juez y testigo de su an-gustia, y le pareció que la lánguida boca del mártir de los mártires le sonreía con expresi-ón dulce y consoladora.

—Tío Benito,—dijo en aquel momento una delgada vocecita junto á la puerta; el anciano se volvió, y se encontró delante de la esbelta y avispada camila.—Tiene usted que ir al mo-mento á la casa de mi modista,—prosiguió aquella dándose tono;—está ya fresco el tiem-po, y necesito al instante mi traje de brillanti-na; conque vivo, tío Benito.

El zapatero tomo su sombrero, y apoyándo-se en la pared, se dispuso á salir.

—Tío Benito,—dijo entonces otra voz varo-nil á la puerta;—vaya usted á comprarme ci-garros.

Y Ventura, el ayuda de cámara del señor Andrade y el mismo que había proporcionado aquel asilo al pobre viejo, presentó una peseta á su protegido.

—Esta joven dijo el tío Benito con voz débil y señalando á Camila,—acaba de mandarme que vaya á casa de su modista, Ventura, ¿á dónde he de ir primero?

—A buscar mis cigarros.

—A buscar mi vestido.

—¡Se guardará usted muy bien, tío Benito, de servirla antes que á mí!

—¡Se guardará muy bien de no hacer al instante mi encargo!

Los dos jovenes y petimetres domésticos se miraron con encendidos ojos, y su ira iba quizás á estallar en expresiones más fuertes, cuando un accidente imprevisto vino á distraerles de su enojo,

El tío Benito acaba de desplomarse á los pies de entrambos sin color y sin voz.

La debilidad había podido más que su heroico valor.

—¡Jesus! ¡Si yo no sé como vive este hombre!—dijo una gruesa tendera vecina que, atraída por la disputa de Camila y de Ventura, entraba en el patio.—¡Si le tienen ustedes muerto de tanto hacerle andar! ¡Si eso no es tener corazón de cristianos! ¡Pobre, pobrecito anciano!

—Pero, señora, ¿qué le pasa para que así se lamenta usted de su suerte?—preguntó Ventura, que ya había colocado al tío Benito sobre su cama, mientras Camila subía la escalera, sin

importársele maldita la cosa de lo que sucedía en el patio.

—¿Qué le pasa? ¡Que todos los criados de la casa han hecho de él una acémila, hasta el cocinero!

¿Quién lo ha dicho?

—Yo lo digo, y basta.

—Sí, y sobra.

—No sobra, porque casi soy yo la única persona que sabe lo que sufre este infeliz.

¿Por qué lo sufre? ¿por qué obedece á los criados?

—¿Y qué ha de hacer?

—Écharlos enhoramala.

—¡Como aquí todos mandan, porque su ama de usted es como un muñeco, de resortes!

—Poco á poco señora, y no se meta usted en las interioridades de la casa.

—Pues quiero, porque en casa desordenada todo el mundo debe meterse.

La tendera tocó entonces la frente helada del tío Benito, y dijo con ira;

—¡Es claro, hombre, y nada más! ¡Los galopines que le matan haciendole andar tanto, bien podían darle algo que comer!

La caritativa mujer salió en busca de algún socorro, y Ventura se quedó solo con el cuerpo inanimado del tío Benito.

No tenía aquel joven mal corazón; ocupado todo el día en el servicio interior de la casa, no podía saber cual era la vida del anciano, para el que había conseguido aquel asilo.

Estaba pensando en que quizás podría ser

verdad lo que decía la especiera en cuanto al abuso de los criados, cuando volvió á entrar ésta trayendo en una mano un frasquito de agua de colonia, y en la otra una bandejita que contenía una taza de succulento caldo y media copita de vino.

Dejó todo sobre la mesa y luego se acercó al anciano, que seguía privado de sentido, aplicándole á la nariz el frasquito de agua de olor.

El pobre hombre abrió los ojos y miró en torno suyo.

—Vamos, ánimo, señor Benito,—dijo la tendera ayudándole á incorporarse;—aquí tiene usted un poquito de caldo y un vinillo capaz de resucitar á un muerto.

El pobre tomó la taza con mano trémula y bebió el caldo y el vino, sintiéndose al instante reanimado.

—Esto ha sido un vahído,—dijo procurando levantarse.—Gracias, señora; ya se pasó.

¿Me haría usted el favor de decirme si vive aquí el señor Benito Tomás?—preguntó á este tiempo una voz de mujer en el patio, dirigiéndose al portero principal, que abría en aquel instante la puerta de su habitación.

Aquel acento hizo levantarse, como si le hubiera movido un resorte, al anciano, que se lanzó á la puerta, gritando:

—¡Ursula!... ¡hija mía! ¡aquí estoy!

Ventura y la especiera le siguieron y vieron que abrazaba con efusión á una mujer joven y vestida de luto.

Detrás de ésta y en pie, se hallaba una pre-

ciosa niña, que aguardaba su parte en las caricias del anciano.

Poco tuvo que esperar: el tío Benito dejó á su hija para abrazar á su nieta, y dejó á ésta para volver á abrazar á aquélla con tierna expresión.

—¡Calla! ¡Tiene familia! ¡Pues esto sólo le faltaba!—dijo la tendera, retirándose prudentemente con su taza y su copa vacías.

—Pero, señor, ¿se van á quedar aquí su hija de usted y su nieta?—preguntó Ventura que devoraba con los ojos la pura y fresca belleza de Lidia,—porque supongo que esta señora y esta señorita serán la hija y la nieta de que algunas veces me había hablado.

—¡Sí, sí. Las mismas son,—respondió el zapatero, que lloraba de gozo.—¡Sí, estas son, mi Ursula y mi Lidia! Y ¿á donde han de ir si no tienen más amparo que su padre? Aquí, aquí se quedarán, á mi lado.

—Pero, señor, ¿cómo se va á componer esto?—insistió Ventura, pensando en la estrechez del cuarto del anciano.—Cómo han de acomodarse ustedes ahí los tres?

—Ya veremos,—dijo el tío Benito, quien, á pesar de su bondad y sufrimiento se impacientaba con la pesada insistencia de Ventura, cuando él anhelaba hallarse á solas con sus hijas.—¡Ya veremos! ¡Dios dirá!

El ayuda de cámara permaneció allí aún un rato, dando rienda suelta á su importuna curiosidad; pero viendo que nadie le hacía caso tomó el partido de marcharse, porque temía

hacer falta para el servicio de su señor, que era muy poco tolerante con sus criados.

El zapatero entró en su camaranchón con sus hijas, volviendo á abrazarlas con la misma ternura y con reciente alegría.

—¡Ah, padre mío!—exclamó Ursula dirigiendo en derredor suyo una mirada triste.—¿Es este el bienestar de que me hablabas en tus cartas? ¿Este es el modesto empleo cuyos productos querías partir conmigo?

—¡Dios mío! ¡mi pobre Ursula, te engañé, es cierto!—repuso el anciano con un rubor doloroso;—pero perdóname; sólo siento mi extrema pobreza, hijas mías, porque os impondrá privaciones penosas; en cuanto á mí, estoy acostumbrado á todo. ¡Ah! ¡tú no sabes cuanto he sufrido antes de hallar este miserable asilo!

—¡Ya lo creo, mi pobre abuelito,—dijo Lidia,—porque estás muy flaco! ¡Cuanto habrás padecido! ¡Yo tenía unos deseos de verte, después de un año que te separaste de nosotras!

Hablándo así, el lindo semblante de la joven se enbellecía con una deliciosa expresión de jubilosa ternura, y parecía mucho más hermosa.

Era Lidia una preciosa criatura de quince años, delgada, esbelta, rosada, blanca como un querubín; sus ojos de un azul sombrío y algo aplomado, brillaban entre dos franjas de seda negra, que formaban sus luengas pestañas; aquellos ojos eran tan grandes y tan hermosos, que iluminaban con una luz espléndida el puro semblante de quince años de la joven.

Su rica cabellera era de un color castaño claro, en extremo armonioso y bello, y tenía algo de vaporoso que prestaba indecible pureza á su blanca frente, y sus nacaradas sienes, su cuello un poco largo, su delicada nariz y su linda boca, acababan de hacer de Lidia un modelo de belleza fresca y juvenil.

Su madre parecía la sombra de aquella preciosa niña, la rama seca y marchita en la cual había brotado un perfumado botón. Eran también sus ojos azules, pero apagados por las lágrimas y el insomnio, su boca pequeña, pero descolorida y triste, su frente despejada y de hermoso corte, pero crusada por arrugas precoces, frutos de largos días de dolor. En suma: no podía dudarse, al verlas, que fuese madre é hija; pero se conocía que la una empezaba á florecer, al paso que la belleza de la otra estaba extinguida para siempre.

Sin embargo, Ursula contaba solo treinta y cuatro años, y á esa edad la hermosura de las mujeres conserva aún todo su esplendor; pero ¡ay! la hermosura es una flor que deshoja el infortunio, llevándose hasta sus últimos pétalos.

¡Mucho debía haber sufrido aquella pobre familia! pero ¿por qué y cuando? ¿de dónde provenían sus desgracias? Esto es lo que aclarará á mis lectores el discurso de esta historia.

Madre é hija vestían pobres vestidos de india, de luto, y se abrigaban con unos pañolones de lana negra y vasta. No obstante, este

mismo atavío parecía dispuesto para realzar la virginal belleza de Lidia, que brillaba como una estrella entre negras nubes.

—¿Cómo habéis hecho el viaje, mis pobres hijas?—preguntó el anciano, cuya cabeza volvía á debilitarse por la emoción fuerte que acababa de experimentar.

—En la diligencia, padre mío,—respondió Ursula.—Nuestro asombro fue muy grande al ver que no nos esperabas, y temíamos hallarte enfermo.

—Lo estoy en efecto, querida Ursula; y además, hasta hoy no he recibido tu carta.

—¡Hoy!—repitió asombrada la viuda, tomando la carta que se veía sobre la mesa y mirando al sello del correo. ¡Luego, añadió,—la vecina á quien yo la entregué la tuvo cuatro días olvidada!

—Eso debe ser... pero, hijas mías,—prosiguió el anciano con doloroso embarazo,—como no os esperaba tan pronto, no tengo nada dispuesto, y...

—Yo lo dispondré al momento padre mío,—repuso Ursula;—ahora estamos nosotras aquí para cuidarte; buscaré lo necesario para hacerte la comida.

El anciano abrió los ojos llenos de lágrimas.

—¡Dios mío! ¿No hay aquí más habitación que esta?—preguntó la viuda después de algunos momentos de inútiles pesquisas.

—No,—respondió débilmente el zapatero.

—¡Imposible, padre mío! No encuentro na-

da, ni carbón, ni pan, ni aceite! ¡Santo Dios! ¿Saldrán verdaderos mis presentimientos?

—¡Señor!—murmuró con la voz del corazón el anciano, elevando sus ojos al pedazo de cielo que se veía por la estrecha ventana de su cuarto.—¡Señor, Dios mío! Tú, que todo lo puedes, no me niegues hoy para mis pobres hijas tu poderoso auxilio.

Y acercándose á la mesilla la desembarazó de algunos trastos que había encima de ella, y la sacó al patio haciendo uso de todas sus fuerzas; después sacó la silla y se sentó, prosiguiendo su plegaria al cielo en el fondo de su corazón.

—¡Ah, padre mío!—exclamó Ursula juntando sus manos con una especie de asombro doloroso.—¿Es esta tu ocupación?

—No hay ninguna en el mundo que deba avergonzarnos si se desempeña honradamente, hija mía,—repuso el anciano,—no hay ninguna que no sea más digna que una culpable ociosidad.

En aquel momento, una joven del pueblo con una cesta de mimbres pendiente del brazo izquierdo, entró en el gran patio y se dirigió resueltamente hacia la mesilla del zapatero.

El corazón del anciano palpité violentamente; la muchacha le dijo con naturalidad:

—Tío Benito, ¿me quiere usted hacer el favor de escribirme una carta?

—¡Una carta! ¡yo! ¿Y para quien?

—Para mi novio. El memorista de la esquina se ha ido á hacer no se que diligencia, y co-

mo me urge mucho, he pensado que usted podría sacarme del apuro, y...¡qué diantre! lo que él se había de ganar se lo puede ganar usted...

—No digas más.

Y ligero como un rayo, el tío Benito sacó un tintero de corno negro que sólo tenía una pluma, tomó un plieguecillo de papel muy historiado que llevaba á prevención la joven, y se dispuso á escribir.

Esta dictó la carta, y el tío Benito la escribió en un momento, mejorando considerablemente el estilo, y leyéndola después á la interesada.

—¡Santo Dios, qué pronto y qué bien!—exclamó la muchacha cuando se hubo terminado la lectura.—Los memorialistas me hubieran hecho perder toda una mañana para escribir menos de la mitad. ¿Cuánto vale su trabajo de usted?

—Mujer, dame lo que quieras.

—No, no; lo que usted me diga.

—Ocho cuartos,—respondió el anciano con rubor.

—¿Cómo ocho cuartos!

—¿Te parece caro? Entonces, hija mía, te repito que des lo que quieras.

—¿Lo que quiera? Le daré á usted dos reales, que es lo que me llevan siempre. ¿Por qué había usted de ganar menos que los demás, haciéndolo antes y mejor?

Y la joven puso dos reales de plata sobre la mesilla del zapatero.

Este alzó los ojos al cielo otra vez, y le dió ardientes gracias por tan modesto como inesperado dón. Aquella humilde moneda era el pan de un día para sus hijas.

¡Ah, si los ricos supieran el bien que pueden hacer sin que les cueste esfuerzo alguno!

—Tío Benito,—dijo la joven, que ya tenía en la mano su carta cerrada,—enviaré aquí á algunas amigas mías que tienen fuera de la ciudad á sus novios; usted les servirá muy bien, y ellas no quedarán mal con usted; ahora, quéde-se usted con Dios.

—Adiós, hijo mía, y gracias.

La muchacha iba á salir cuando se cruzó en el umbral con dos personas que entraban; eran Carolina y doña Pelagia, que volvían de su paseo.

La niña se acercó saltando á la mesa del anciano, y le preguntó:

—¿Ha llegado ya Lidia?

—Sí, señorita,—respondió el anciano,—allí está.

Volvióse Carolina y descubrió en el umbral de la puerta del cuarto del zapatero la graciosa figura de su nieta.

—¡Ah, qué bonita es!—exclamó,—¡parece una imagen! Señor Benito, sólo por verla he venido antes del paseo.

—Gracias, señorita.

—¿Cómo que gracias? Yo se las tendré que dar á usted dentro de un momento, porque voy á pedirle un favor.

¡Un favor á mí!

—Sí señor, á usted. Pues que, ¿no puede usted hacer favores? Pero vamos al caso: he visto que acaba usted de escribir una carta por encargo de una joven que se ha marchado y deseo que me escriba usted otra para una amiga mía de colegio, por que no tengo ganas de hacerlo; conque vamos, yo dictaré.

El señor Benito tomó un pliego de papel y, lleno de asombro, se preparó á su tarea.

*Querida Natalia, decía la carta que Carolina empezó á dictar con voz firme y clara. Querida Natalia pienso mucho en tí, porque me fastidio; cada día se me hacen las horas más largas, y hay algunas que me las quisiera pasar durmiendo.*

*Una cosa hay que me es ahora muy sensible, y es el haber olvidado por completo todas mis pequeñas habilidades de colegio; ya no sé bordar, ni hacer flores, ni escribir música. en lo que antes decías que era yo tan sobresaliente; en fin, querida mía, no me ocupo más que de ser rica, que es, por cierto, la ocupación menos socorrida y más fastidiosa del mundo.*

*¿Y quién tiene la culpa de eso? me preguntarás tú con la fuerza de lógica que te distingue; yo bien lo sé, y no trato tampoco de negártelo; pero nadie me anima á dejar mi vida de holgazana que, aceptada de una vez, es como un yugo de hierro que nos abruma, pero que no se puede abandonar.*

*En fin, Natalia, yo soy mas desgraciada que cuando estaba á tu lado, en ese gran colegio de Versalles, tan hermoso y tan risueño.*

*Tú, que todo lo puedes con tu padre, ¿por qué no le convences para que venga aquí? No digo que sea para estableceros, porque sé que sus negocios le detienen en París, pero sí á pasar una temporada, para que nosotras logremos la satisfacción inmensa de vernos.*

*Adios otra vez, y recibe un abrazo de tu apasionada...*

—Yo, firmaré señor Benito,—dijo Carolina;—además, voy á añadirle una posdata.

La joven tomó la pluma, firmó, y añadió debajo lo que sigue:

*Tu nombre, Natalia mía, va siempre unido á una buena acción; esta carta no va de mi letra, porque se la he mandado escribir á un infeliz anciano zapatero que vive en un chiribitil del patio de mi casa, como una rata en su agujero, con el pretexto de pagarle esta carta podré darle una buena limosna...¿No te mueres de risa al saber que me valgo de un amanuense de esta clase para escribir mis cartas, como pudiera hacerlo una cocinera de mi casa? Pero amiga mía, el fin santifica los medios.*

*Adiós.*

Carolina dejó la pluma, dobló la carta y la devolvió al anciano, que la puso en un sobre, único que tenía en su cajón, pues hacía muchos

días que no alcanzaba ningún recurso para semejantes despilfarros.

Carolina dictó el sobre, y metió la mano en el bolsillo de su vestido, empezando á subir un encendido carmín á sus mejillas.

A pesar de su natural vivacidad y despejo, era su alma muy delicada y noble y temía dar un mal rato al anciano al presentarle su limosna.

Lo primero que hallaron sus dedos fué una moneda de ocho duros; pero, temerosa de herirle con tan excesivo donativo, la dejó y tomó otra de cuatro.

—Tome usted, señor Benito,—dijo toda ruborosa.

—¿Qué me da usted aquí, señorita?—exclamó el zapatero en el colmo del asombro.

Le pago á usted su trabajo,—respondió Carolina:

—Pero, señorita, ¿son cuatro duros!

—Si, ya lo sé.

—¡Y eso me da usted por escribir una carta!

—¡Ciertamente; á mi juicio la que usted me ha escrito vale mucho más.

—No puedo admitir tan extraordinaria recompensa,—objetó el anciano, que, en efecto, sufría con aquel debate entre la caridad y la delicadeza, entre la riqueza y la miseria.

—Cada uno aprecia á su modo los favores que recibe, señor Benito,—dijo Carolina volviendo con angustia la cabeza para ver si divisaba á doña Pelagia á fin de que viniese en

su auxilio; pero viendo que ésta había subido á su habitación, tomó el partido de imitarla, como el mejor, y dijo al zapatero;

—Si le parece á usted mucho ese dinero para usted, señor Benito, compre usted flores para Lidia.

Y esto diciendo, la caritativa niña subió apresurada la escalera, y desapareció á los ojos del anciano.

El tío Benito levantó los ojos al cielo y exclamó:

—¡Bendito seas, Señor, que jamás desamparas al que te implora! ¡Bendito seas, que hoy has consolado mi amargura y me has dado pan para mis pobres hijas! ¡Bendito, bendito seas!

## VII

Demasiado cierto era que la desgracia se cernía sobre la casa del opulento armador Andrade.

La quiebra de uno de los banqueros más ri-